



DESILUSIÓN Y FELICIDAD

La buena filosofía afronta el problema de la desilusión humana debido a los grandes o pequeños fracasos en la vida.

Sucede con frecuencia que una vez alcanzado el objetivo de nuestro deseo, nos preguntamos “¿esto es todo?” Porque quedamos desilusionados. Es como si fuese más hermosa la espera y la preparación, que el resultado alcanzado. Como si fuera mejor el deseo que la gratificación final.

Experimentamos con frecuencia una desproporción entre lo que esperamos alcanzar y lo que concretamente logramos de hecho. Pasamos esperando el fin de semana y cuando por fin llega, no podemos evitar la sombra del lunes ya próximo. Pasamos esperando y preparando la fiesta, pero sentimos que nunca alcanza nuestras expectativas. Siempre esperamos más de la visita a un restaurante o de un partido de fútbol.

Suele suceder lo mismo con la espera y preparación de las vacaciones; con la espera y preparación de la graduación y de la jubilación. No siempre lo reconocemos abiertamente, y cuando nos preguntan solemos decir que todo estuvo fantástico.

¿No les pasa lo mismo a los adictos con el licor, el sexo y la droga? Siempre están insatisfechos.

Parece que siempre esperamos más de la vida, mucho más; esperamos demasiado. Y obtenemos poco, obtenemos menos de lo esperado.

Es muy fuerte la sensación de desencanto, desilusión e insatisfacción. Ello provoca tristeza y aburrimiento en la vida de muchos. Los cuales siguen buscando sensaciones cada vez más fuertes, creyendo todavía que su angustia se soluciona con más dinero, más vacaciones, más fiestas. Para terminar más decepcionados.

¿Qué postura deberemos tomar ante esta condición en que nos encontramos viviendo? Esa desproporción entre el deseo y la satisfacción.

Una primera posición afirma que estamos mal hechos los humanos. Es absurdo desear lo que nunca logramos alcanzar. Y aconsejan que deseemos menos cosas, que limitemos nuestras esperanzas. No pretendamos alcanzar todo lo que deseamos.

Pero ante la desproporción entre el deseo y la satisfacción alcanzada es posible otra posición. Esta desproporción, ¿no podría deberse al hecho de que la persona humana está hecha para un bien infinito?

Ciertamente, la persona tiene necesidad de nutrir el corazón con las cosas ordinarias de cada día. Pero el hecho de que aparezca con claridad que ellas no son todo, y no nos bastan, es indicativo de que el hombre está hecho para un bien infinito.

Nuestros deseos y esperanzas, por lo tanto, no deben ser reprimidos. Porque realmente existe una respuesta a nuestra medida. Pero hay que buscar en el lugar adecuado, sabedores de que nada que no sea infinito podrá satisfacernos. Es la búsqueda de una realidad de la cual tengo absoluta necesidad para vivir bien en sentido pleno. Es una búsqueda que compromete a toda la persona. Es la búsqueda de Dios. Debemos ser grandes buscadores de Dios. Solo Él puede dar plena satisfacción a los deseos más profundos de nuestro corazón. Con palabras de San Agustín “Nos has creado para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descance en ti.”

Es lo que dice el salmo 62: *“Señor, mi alma tiene ser de ti. Señor, tú eres mi Dios, a ti te busco; de ti sedienta está mi alma. Señor, todo mi ser te añora como el suelo reseco añora el agua”*.

Recordemos también el episodio de la Samaritana. *“El que bebe de este pozo vuelve a tener sed; quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, porque el agua que le daré se convertirá dentro de él en manantial que brota dando vida eterna”* (Jn 4,13-14).

QUIENES VAN A MISA SON MÁS FELICES

Según una investigación científica realizada en la Universidad de Virginia (EE UU), los esposos que van a la iglesia juntos dicen ser “muy felices” o “extremadamente felices” nueve puntos porcentuales más que aquellos matrimonios que no van a la iglesia. Los resultados obtenidos son similares en parejas de raza blanca, negra y latinos. El estudio confirma el dicho popular de “Familia que reza unida, permanece unida”. Según la investigación académica, llevada a cabo con matrimonios estadounidenses, fe y vida familiar se apoyan mutuamente. La investigación concluye que la práctica religiosa favorece la felicidad, una mayor estabilidad y un sentido más profundo del significado de la vida familiar, si los miembros de la familia –especialmente los esposos– comparten la misma fe. El estudio, dirigido por el profesor de Sociología W. Bradford Wilcox, muestra que el 80% de las parejas que están unidas en matrimonio religioso practicante se declara al menos “muy feliz”. Mientras que las parejas no religiosas que se declaran felices rondan el 70% de los matrimonios.

W. Bradford Wilcox es profesor de Sociología en la Universidad de Virginia, director del National Marriage Project de dicha universidad. Disfrutar de un matrimonio feliz no elimina las probabilidades de divorcio, pero sí las reduce de forma significativa.

Así se deduce de otra investigación, realizada por el profesor Tyler VanderWeele, de la Universidad de Harvard (EE UU). Tras realizar un seguimiento de una muestra de miles de mujeres de mediana edad de Estados Unidos, VanderWeele concluyó que las mujeres que iban con regularidad a la iglesia tienen un 47% menos probabilidades de divorciarse que las mujeres que no suelen ir a la iglesia. Otras investigaciones han llegado a conclusiones similares: la asistencia regular a la iglesia se asocia con una reducción de las tasas de divorcio de más del 30%.

P. Luis Corral Prieto, SDB
Pastoral Familiar Salesiana
pastoralfamiliar@cedesdonbosco.ed.cr